

Notas bibliográficas

Historia A Debate, de Carlos Barros (ed.), Santiago de Compostela, 1995.
Historiografía Fin de Siglo; de Carlos Barros, Tórculo Ediciones, España, 1996.

Historia A Debate es mucho más que un conjunto de textos; forma parte de un vasto programa que Carlos Barros —docente-investigador de la Universidad de Santiago de Compostela— proyectó hace algunos años. *Historia A Debate* tiene su historia y por demás auspiciosa.

En 1992 Barros convocó a un encuentro internacional de historiadores que tendría lugar en Santiago. A veinte años que Le Goff y Nora lanzaran el desafío a la inventiva historiadora en diseñar nuevos enfoques; formular nuevos problemas y trabajar nuevos objetos; historiadores europeos y americanos se reunirían en el verano del '93 para evaluar tres décadas de oficio y debates; además de discutir la perspectiva de la relación historiador-sociedad hacia el nuevo milenio.

Al proyecto de Barros no le faltó audacia.

Historiadores españoles venían trabajando desde tiempo atrás para recuperar a la historia de un recorrido desarticulado en razón de las larvadas "adherencias ideológicas" del franquismo así como de "la postergación ejercida por el proyecto economicista del PSOE"; todo lo cual, en definitiva, la obligaron a plegarse. Aislamiento que resultó más deprimente —en pleno auge de los mass media— por la proximidad de centros europeos de controversia creatividad disciplinar, pero de indudable ascendencia por fuera de sus fronteras.

Hay más. Desencuentros en el interior del ámbito intelectual intervinieron para que el 17 Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en Madrid en 1990, acusara la indiferencia de los historiadores españoles. Los efectos de esta frustración, a más que fuera una universidad de provincia la convocante —en pleno verano gallego— justificaban los temores que abrigó Barros cuando concibió su idea.

Sin embargo lo que aparecía como handicap se convirtió en ventaja: se trataba de una universidad de prestigio, alejada de los centros tradicionales de poder académico. Por lo demás la intelectualidad española atravesaba una coyuntura diferente. Sumó que Santiago de Compostela siempre ha representado un espacio de alto valor simbólico. Para los historiadores atmósfera tan sugerente ejercería una muy especial atracción.

Entre el 7 y el 11 de Julio de 1993 tuvo lugar en Santiago el Congreso Internacional *Historia a Debate*. Unánime fue la respuesta. Barros prefiere apreciar la concurrencia masiva de historiadores como otro tipo de peregrinación a la ciudad del santo. Muchos nos resignamos a enviar nuestros trabajos y esperar el resultado de empresa nada sencilla: polemizar sobre la situación de la historiografía hacia el fin del milenio desde perspectivas pluri-ideológicas.

La colaboración de las revistas-escuelas *Past and Present* y *Annales*; el cosmopolitismo intelectual de los expertos Jacques Le Goff, Lawrence Stone, Perry Anderson, Alain Guerreau, Roger Chartier, Robert Darnton, André Burguière, Carlos Aguirre Rojas, Peter Burke, John Elliot; la participación de buena cantidad de historiadores españoles y latinoamericanos como señal de la progresiva "internacionalización del quehacer historiográfico", aseguraron un excelente nivel de discusión entre los cultores de la denominada Nueva

Historia y los adscriptos al **Materialismo Histórico** alrededor de “una historia que viene cobrando prestigio como ciencia social a lo largo del siglo XX”.

Tal despliegue intelectual cobró mayor reputación y difusión cuando Carlos Barros publicó en 1995 la compilación de ponencias y debates. Las Actas del Congreso fueron organizadas en tres tomos que contienen los trabajos de intelectuales europeos y americanos; y un cuarto volumen —en prensa— donde figuran las propuestas de los historiadores latinoamericanos. El conjunto resulta un registro ordenado con pericia. He seleccionado unos pocos trabajos para apenas comentarlos, haciéndose imposible aquí una crítica detallada de tal acopio.

Compartiendo la caída del Muro de Berlín como punto de inflexión para la reflexión histórica, el primer tomo presenta los marcos más generales de discusión, cubriendo además posiciones diversas en relación al declamado fin de la historia. En esta línea recomiendo los trabajos de Roger Chartier, “L’histoire aujourd’hui: doutes, défis, propositions”; de Lawrence Stone, “The future of History; Historiographie et tradition historique des souvenirs”. “Histoire «scientifique» des études historiques et histoire «global» du rapport avec le passé”, de Massimo Mastrogregori, experto crítico de la historiografía contemporánea.

El título del segundo volumen *Retorno del Sujeto* compendia matices ideológicos sobre uno de los asuntos más ríspidos de la historiografía contemporánea: la **disolución del sujeto**. A partir de las transgresoras **Historia de las Mentalidades**; **Historia Cultural**; **Historia de las Mujeres** y **Microhistoria** se trabajan cuestiones que agregan a la teoría de la historia y robustecen la discusión **ciencias sociales-historia**. El interrogante dirigido a la siempre desconcertante “explicación” —¿posible o no?— en el terreno de lo imaginario está planteada por Francisco Vázquez en “Los problemas de la explicación en historia de las mentalidades”. En cuanto a la controversia **¿historia intelectual y/o historia cultural?** Robert Darnton puntualiza la capacidad del discurso en decodificar la realidad en “Diffusion vs. discourse: conceptual shifts in intellectual history and the historiography of the French Revolution”. James Amelang se interna en el resbaladizo campo del microanálisis en “Microhistory and its discontents: the view from Spain” mientras que, siempre desde perspectivas en debate, Cristina Segura trabaja “Algunas cuestiones a debatir sobre la historia de las mujeres”. Haciendo gala de su larga experiencia en el tratamiento de lo cultural Peter Burke se expone sobre el clivaje **centro-periferia** en “Varieties of cultural history”. El quinto capítulo que comprende las reflexiones sobre los **actores sociales** —concepto de **red social**— reclama atención especial por su ligazón a la amenazante **disolución del sujeto**. Aquí se destaca la fuerte presencia de los planteos metodológicos de caso de Giuseppe de Luca en “Mobilità sociale e ricchezza: le prospettive della «Network analysis» nello studio della Milano del XVI secolo”; de José María Imizcoz en “Actores sociales y redes de relaciones en las sociedades del Antiguo Régimen. Propuestas de análisis en historia social y política”; y en el teórico “El burgués sin atributos. Algunas reflexiones sobre el sujeto económico de la historia social” de Anacleto Pons y Justo Serna.

El volumen tres resulta el más elaborado. Ordenado en **Métodos y Problemas**; **Historia-Ciencias Sociales**; **Los Retornos** y **La Historia Enseñada** se inicia con argumentos sobre la factibilidad metodológica que provee hoy el **análisis comparativo**; y sigue con la dinámica que imprime la **pluridimensión temporal**. En este registro merece cuidadosa atención “Comparative History” de John Elliot y “La larga duración en el espejo (más allá del tiempo «vivo» y el tiempo «expropiado»)” de Carlos Aguirre Rojas, de reconocida trayectoria en esta temática. La siempre contrastada tensión **historia-ciencias sociales** reúne a André Burguière con “L’antropologie historique et l’Ecole de Annales” y “Histoire et Psychologie”

de Alain Boureau. Por su parte Jacques Le Goff mira en retrospectiva y trae al presente "Les retours dans l'historiographie française actuelle". Aprecio la ponencia de Antonio Morales Moya "Paul Ricoeur y la narración histórica" por la carga argumental en derredor de la articuladora **narrativa**. El hiper-problema del **aprendizaje de la historia** en las «enseñanzas medias» cierra el volumen. Angel Trigueros —influenciado sin duda por la perspectiva de Carlos Pereyra— brinda un muy interesante tratamiento de las **funciones de la asignatura historia** en el marco de la reforma educativa española. En este contexto José M. Navarro presenta "Una forma distinta de enseñar historia"; María J. Parejo y Adela Tarifa, "Hacia una metodología interdisciplinar y participativa"; por último Julio Prada, "Historia y reforma. Una reflexión crítica en torno a la estructuración curricular por áreas y el recurso al entorno como instrumento pedagógico". Todos de lectura indispensable para una más precisa evaluación de la operatividad de la historia —"asignatura pendiente" de urgente reconfiguración teórico-metodológica— como parte de la construcción del conocimiento social en nuestro nivel medio.

Termino subrayando que las expectativas originales del lector decaen frente al **desequilibrio** entre la cantidad de ponencias dedicadas al análisis del quehacer de la **Nueva Historia** y las pocas referidas a los cambios en el interior del **Materialismo Histórico**. De ahí que entre las conclusiones de las mesas, las únicas que han sido publicadas —seguramente por el valor testimonial de los integrantes— son las extraídas en el coloquio **Marxismo e historia en los años 90** —Chris Wickham; Bolívar Echeverría, Alain Guerreau; J. Trías Vejerano; Perry Anderson—. Barros anota —con cierta desazón— que "las relativamente numerosas reivindicaciones de la vigencia del marxismo historiográfico se hayan manifestado de forma más oral que escrita, incluyendo las declaraciones de prensa de John Elliott y Robert Darnton (*El País*, 9 y 11 de julio de 1993)".

En otro orden de concreciones, *Historiografía Fin de Siglo* publicado en 1996 representa la tercera etapa del programa que Barros se trazó cuatro años atrás. Producto de reflexiones de cátedra y de discusiones en el interior de su Seminario Permanente **Historia a Debate**, el texto motiva la discusión. La tensión que enhebra entre "la historia que viene" y "la historia que queremos" constituye en sí un "debate" por la actitud polémica con que Barros interpela los "viejos" paradigmas y reflexiona sobre lo posible; "contextualizar nuestra problemática es una necesidad que empieza a tener adecuado reflejo en congresos, revistas y libros, síntoma de una creciente toma de conciencia...".

Importa en especial el capítulo "Inacabada transición de la historiografía española". En la reflexión sobre lo que simbólicamente representa a una sociedad rescatar su memoria colectiva cristalizada por la perversa cosificación impuesta por los aparatos ideológicos de la dictadura, se apunta un blanco común a las historiografías post-dictaduras: borrar el enquistado aura de autoritarismo que persiste en resistir la práctica democrática.

En el caso español Barros repasa el incierto e irregular recorrido de la historiografía en relación al "revisiónismo" de visión conservadora que ha actuado entre las fuerzas del "pluralismo historiográfico" desde el comienzo de la "transición democrática". Defensor a ultranza de los beneficios de mantener viva la polémica en la sociedad, llama la atención de sus pares. **¿Cómo va a haber un verdadero debate si no se invita al adversario revisionista con garantías de que no va a resultar satanizado?** Les recuerda que los derroteros de la vida política post-franquista y la posición que ocupa la historiografía con respecto a sus vecinas "maduras" han desnudado más aún las "asignaturas pendientes": la falta de una historiografía "propia española" así como las dificultades que enfrenta la divulgación de la historia.

En el contexto de la apuesta de la historiografía española al crecimiento, Barros convierte falencias en ventajas. En su opinión el carácter de "historiografía periférica" —junto a otras latinoamericanas— ha generado en España la "ausencia de escuelas historiográficas propias", debiendo incorporar programas externos —importar y adoptar— planteos teórico-metodológicos de mayor ascendiente en otros países— que han actuado como nutrientes del campo disciplinario local. Tampoco aprecia como traumática la consecuente "ausencia de movimientos pendulares extremos" en razón de que las reconversiones sucedidas en Francia —el pasaje de la historia económico-social a la historia de las mentalidades—; y en EE.UU. —el desplazamiento desde los rígidos parámetros exigidos por los cliométricos a la descodificación del discurso— de alguna manera han astillado a la historia, retrasando el momento de la síntesis.

"Redefinir lo que llamamos España" —a esta altura tarea insoslayable para el colectivo de historiadores— es el umbral del deseado salto historiográfico. Augurando ese momento Barros está bosquejando una nueva empresa: la revista *Historia A Debate*, espacio abierto al siempre bienvenido intercambio de ideas.

Cristina Godoy

Marc Bloch, Sociology and Geography, de Susan W. Friedman, University Press, Cambridge, 1996.

Sorprende que el ascendiente del trabajo de Marc Bloch sobre la formación de generaciones de historiadores no haya incentivado la publicación de más textos sobre su obra. En los '90 sólo se han conocido la biografía intelectual de Carole Fink y el estudio crítico de Massimo Mastrogregori sobre las proyecciones de *Mettier d'Historien*; ninguno traducido al español. Aquí CEAL distribuyó la retrospectiva de Godoy-Hourcade. Considerado Bloch uno de los intelectuales más lúcidos y comprometidos de nuestro siglo, un nuevo estudio de algún aspecto de su empresa historiadora será siempre bienvenido.

Variada bibliografía sobre el tema **sociología-historia** en su concepción de la historia ha transitado el siglo mientras que la explicación de la relación **historia-geografía** se ha mantenido difusa, tal vez en razón de haber acusado Bloch la propuesta de Vidal de la Blache de cierto determinismo; tal vez por la impronta epistemológica desarrollada por la sociología. Por lo tanto el libro de Susan W. Friedman —docente-investigadora en Pennsylvania State University— agrega a lo original. Esta investigación, resultado de su tesis doctoral defendida en el Departamento de Geografía de la Universidad de Toronto —publicada como parte de la colección Cambridge Studies in Historical Geography— fue concebida también desde los pliegues disciplinarios de la geografía finisecular. Enfoque sin duda sugerente para la profesión historiadora que carece, en este país, de tradición en formación académica en cuestiones del paisaje.

Como punto de partida para la explicación que se propone, la autora concentra su atención en el debate pluridisciplinario que tuvo lugar en Francia en la bisagra XIX-XX.

Repasemos. El eje de la polémica: calibrar el grado de cientificidad de la historia desde la perspectiva teórico-metodológica de la sociología, disciplina aceptada como nacida con atributos explicativos. El objetivo, acusar los flancos epistemológicos más débiles de la historia para redimensionar los respectivos terrenos disciplinarios. Más precisamente fue un debate con doble propósito: definir lineamientos teórico-metodológicos del saber social y disputar la redistribución del poder académico-institucional. Principales interlocutores: Emile Durkheim y François Simiand desde la combativa sociología; Charles Seignobos se constituyó en el representante natural de los historiadores sorbonistas. La publicación de su libro —*La méthode historique appliquée aux sciences sociales* (1901)— detonó la reacción teórica de Simiand. Por esos años Marc Bloch era aún estudiante. Gustave Bloch intervino tangencialmente. El geógrafo Vidal de la Blache muere en 1917; su incidencia sobre el trabajo de Bloch fue más intrincada.

Los espacios de discusión: encuentros públicos para confrontar posiciones —caso, Seignobos-Durkheim-otros—; o bien publicaciones periódicas abiertas a perspectivas críticas: *L'Année Sociologique* fundada por Durkheim; y *Revue de Synthèse Historique* dirigida por Henry Berr. Filósofo, “en canteras de historiador”, Berr está preocupado por un nuevo concepto de **síntesis** como forma de divulgación de una historia diferente. Por eso en 1903 invita a Simiand a publicar su virulento *Méthode Historique et Science Sociales. Etude critique d'après les ouvrages récents de M. Lancombe et de M. Seignobos*.

El caso Dreyfuss convulsionó la sociedad francesa; la I Guerra la terminó de transformar. Los estudiosos de lo social participaron vivamente —cada uno desde su campo— del proceso de modernización. Esta se extendió también hacia las demandas de renovación disciplinaria: cuestionar con dureza la **síntesis histórica-narrativa-sin análisis**, de los positivistas. En términos de Simiand, historia **historizante** —término que daba cuenta de lo estrecho del horizonte de la historia— que pivoteaba sobre el culto a tres “ídolos”: la **política**; lo **individual**; y la **cronología**. Algunos años más tarde Marc Bloch y Lucien Febvre se harían cargo del desafío de torcer el rumbo de los estudios históricos.

Friedman en la primera parte —“Sociology, geography, and history during Marc Bloch's years of apprenticeship”— registra las alternativas que presenta cada etapa del debate. En la siguiente —“Marc Bloch as a critic and practitioner of sociology and geography”— analiza la obra del historiador a la luz de la proyección de las propuestas de la sociología y de la geografía de principio de siglo. Dos afirmaciones dispares abren el texto: “Bloch did not adopt either the Durkheimian or Vidalian approaches...and would never refer to himself in those terms”; seguida de, “...the goal of this book is to deepen our understanding of how Bloch met the challenges of the fields of geography and sociology, which he viewed as so important to the revitalization of history or even broadly, ‘human studies.’”.

La visión externa a una disciplina es siempre capaz de agregar mucho al ponerse en juego los diversos registros epistemológicos que exigen los respectivos objetos de estudio. Pero entramar los ingredientes necesarios que conducen a construir una explicación interdisciplinaria, como la que aquí se intenta, puede resultar una empresa compleja y hasta inabarcable cuando se carece —por formación y trayectoria profesionales específicas— de un profundo conocimiento del interior de la disciplina convocante. Por eso puede ayudar a un análisis pluridisciplinario, como el que aquí ocupa a Friedman, no perder de vista a todo

lo largo de la investigación un dato tan trivial como necesario: Marc Bloch fue antes que nada artesano de la historia.

Desde un principio Susan Friedman contó con condiciones óptimas para desarrollar un trabajo de este tenor: una beca —Ontario Graduate and Connaught Scholarships—; y una documentación testimonial original —facilitada por Etienne Bloch, entre otros—francamente envidiable. Consultó todo lo escrito por Bloch —además de comunicaciones y reflexiones personales— y el total de los estudios críticos; gozó del inapreciable apoyo de historiadores íntimamente ligados a la historia de *Annales*: Fernand Braudel y Jacques Revel.

Desde la perspectiva de un registro descriptivo, tal acopio documental hace este trabajo impecable. Sin embargo no alcanza para explicar el programa de Bloch **historia-ciencias del hombre** justamente porque Friedman ha tenido en cuenta cuestiones que hacen a la esencia misma de la operación histórica blochiana. Sin duda que a la autora sedujo la posibilidad de desenhebrar la **revitalización** que Marc Bloch logró de la historia. Sin embargo esta reconversión no se explica si la investigación mantiene el análisis en un plano externo a **acontecimiento-desacontecimentación; historia-problema; historia total; tiempo social**. Si bien éstas son categorías, a esta altura, ampliamente trabajadas considero que su tratamiento debió atender aquí en especial su operatividad como formas de inteligibilidad, productoras de pluri-significación teórica. En otro registro permiten además comprender desde el presente la relevante intra-relación en la proyección de los términos del debate hacia la operación blochiana y las concepciones que intervienen en la *Nouvelle Histoire*.

Por lo demás, aun cuando el objetivo primero de la autora haya sido focalizar asuntos de la sociología y de la geografía, debió extender aunque más no fuera unas pocas líneas hacia el trabajo etnográfico que Bloch plasma en el estudio genuinamente histórico *Los Reyes Taumaturgos* (1924); apertura que seguramente le habría brindado a Friedman algunas herramientas para enfrentar otro problema curiosamente ausente: la tensión epistemológica que la tríada **sociología-historia-antropología** representa para Bloch en su concepción de la historia como **ciencia de los hombres en el tiempo**.

Para terminar insisto en que el lector interesado tanto en la gestación de *Annales* como en la formación profesional de Marc Bloch preste cuidadosa atención a este texto de Susan Friedman para deleitarse con la impresionante base documental que reúne a más de evaluar los aportes que la investigación agrega a nuestro campo disciplinario a partir de la geografía vidaliana y de los trayectos en la conformación de una geografía histórica. Antecedentes necesarios para una más profunda comprensión de la obra de Marc Bloch; pero también para una mejor preparación teórica a la hora de abordar el concepto de **espacio social** tan caro a la identidad de *Annales*.

C. G.

A veinte años del golpe. Con memoria democrática; de Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1995.

En 1966, al prologar la tercera edición de *Los orígenes del Totalitarismo*, Hannah Arendt comenta que el objeto de su estudio —refiriéndose a los horrores cometidos durante el régimen nazi— había constituido un intento de elaborar las respuestas a aquellos interrogantes con los que su generación se había visto forzada a vivir. ¿Qué ha sucedido?, ¿por qué sucedió?, ¿cómo sucedió?

En una dirección análoga los diferentes trabajos compilados en este libro representan un valioso aporte para examinar y enfrentar los sucesos más oscuros de nuestra historia reciente, y las marcas que aún permanecen de aquéllos.

Ricardo Sidicaro considera al proceso militar iniciado en 1976 como una modernización conservadora fracasada. La categoría “revolución desde arriba” de Barrington Moore le permite realizar en pocas páginas un minucioso análisis de la coherencia interna entre los objetivos propuestos y las metas alcanzadas por los protagonistas de la aventura política más cruenta de los últimos años en nuestro país.

El punto de partida del nuevo modelo se basa en la voluntad de desarrollar un “proyecto nacional” para la conformación de una “nueva república” que, al mejor estilo hegeliano, lograra una esfera estatal universalista superadora de los particularismos disolventes que habían arrastrado a la Argentina a un estadio de corrupción y demagogia disgregadora de los valores tradicionales. Sidicaro advierte que los condicionantes estructurales del propio Estado argentino, agravados por el comportamiento faccioso de los militares, conspiraron contra el logro de este programa de mutación profunda e integral de la sociedad. Fracasada la transformación sólo se puede mostrar como exitoso aquello que no había sido establecido como una meta en el ambicioso ideario político anunciado en marzo de 1976: el aniquilamiento de las organizaciones guerrilleras. “No se concretó la modernización conservadora pero la violencia extralegal de los aparatos extralegales en crisis consiguió destruir la capacidad de movilización y de protesta social que existían antes de la implementación del régimen autoritario ...muy probablemente esto constituía lo máximo que le pedían a los militares sus aliados civiles”.

En sendos artículos y desde diferentes ópticas, Hugo Quiroga y Juan Corradi abordan uno de los aspectos más dramáticos de este período: los efectos del terrorismo de Estado. El texto de Corradi tiene el interés de haber sido escrito en 1982, en el preciso momento de la crisis final del régimen militar. De esta forma su análisis no se encuentra mediatizado por los sucesos propios de la transición, fundamentalmente los referidos al enjuiciamiento de los comandantes de la Junta como principales responsables de la aplicación del terror como método de disciplinamiento social. Este tema que será lúcidamente tratado por Quiroga en un abordaje que presenta la irremediable tensión planteada entre criterios de justicia y realismo político para resolver el grave problema de la violación a los derechos humanos durante la última dictadura.

Corradi define la forma autoritaria de gobierno durante la dictadura como la de un Estado bifronte, con un gobierno visible ejercido por “dignos” oficiales del ejército dirigiendo la maquinaria administrativa, y un poder oculto ejercido en las sombras por verdugos violentos que irrumpen en la vida cotidiana e imponen un “régimen de terror” mediante el cual los grupos dominantes intentan restablecer el monopolio de la coerción. Dentro de los

propios elementos articuladores de este sistema perverso se encuentra la simiente del colapso final.

Por su parte Quiroga, propone una lectura reconstructiva del lugar ocupado en la agenda política por el tema de los derechos humanos desde los inicios del período democrático hasta el momento del indulto presidencial. Dicho análisis se realiza a partir de la idea de "pacto postergado" entre las Fuerzas Armadas que plantean una defensa corporativa demandando impunidad por las atrocidades cometidas durante la "guerra sucia", y una clase política que se debate entre los reclamos de justicia de la sociedad civil y la oportunidad de aplicar un criterio de realismo político para la resolución definitiva del problema militar. "El frustrado pacto de la transición se desplaza en el tiempo para reaparecer en el momento en que la democracia decide revisar lo actuado ...Con el indulto, al final de cuatro insurrecciones queda definitivamente sellado el pacto postergado..." Un interrogante que contiene todo el dramatismo de la historia reciente argentina, cierra este artículo: "Si el castigo ya no es posible y si el crimen ha sido reconocido, qué le queda al movimiento de los derechos humanos?" ; y podríamos agregar, qué nos queda a todos los argentinos que de diversas formas y con variadas intensidades sufrimos las consecuencias del terrorismo de estado.

El desenvolvimiento de la economía durante la dictadura es abordado por Jorge Schwarzer. EL análisis permite captar la íntima relación existente entre la lógica de poder político desplegada por el equipo de Martínez de Hoz, las relaciones mantenidas con el establishment y la adopción tanto de estrategias coyunturales como largoplacistas, para aplicar un programa cuyo objetivo final era posibilitar una enorme transferencia de ingresos hacia sus aliados de clase.

La relación entre los partidos políticos y la dictadura es desarrollada con enfoques y metodologías diferentes por César Tcach "Radicalismo y dictadura" y por Silvia Dutrénit Bielous "Asuntos y temas partidarios en la memoria de las élites radical y peronista". En el primero se describe la forma en que las distintas corrientes del radicalismo, y fundamentalmente sus dirigentes de relevancia nacional, desarrollaron estrategias diversas acordes a los diferentes períodos del proceso militar para resistir los embates de la represión y desarticulación de la actividad orgánica de los partidos. La UCR es caracterizada por el autor como un partido situado por fuera del régimen, cuya actividad varió desde una oposición poco intensa en los primeros momentos de la dictadura, hasta llegar inmediatamente después de la guerra de las Malvinas al despliegue de una oposición muy intensa cuestionadora de los fundamentos del orden militar y reacia a negociar una salida pactada. El trabajo de Dutrénit Bielous, en cambio, ofrece una interesante selección de entrevistas a dirigentes radicales y peronistas recortadas y ordenadas de tal forma que permiten al lector reconstruir ciertos aspectos ocultos de la actividad partidaria durante el período 76/83.

Por su parte, Carlos Altamirano e Hilda Sabato presentan sus miradas sobre el mundo intelectual durante una de las épocas más duras para ejercer el oficio de la crítica y la reflexión. Sabato analiza aquella experiencia que denomina "universidad de las catacumbas", "experiencia de sobrevivencia intelectual que proveyó buena parte de la materia prima original para iniciar la reconstrucción después de 1983". El trabajo de Altamirano evoca la relación de los intelectuales con la vida pública en el momento en que la propia existencia de ambos parecía extinguirse bajo los efectos de la represión. La necesidad de preservar el oficio y la identidad llevó a muchos a intentar articular expresiones de desacuerdo con el régimen reinante. El autor realiza un recorrido por las diversas trincheras cavadas en los años duros de la dictadura y la transformación operada en los primeros años de democracia.

El minucioso trabajo de investigación que Ricardo Falcón desarrolló entre 1979 y 1981 en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales le ha brindado material suficiente para analizar el comportamiento de los sindicatos durante el proceso militar. La reescritura de un texto pionero, publicado en Holanda en 1982, se justifica plenamente ante la escasez de trabajos que estudien profundamente las formas de resistencia al régimen militar desplegada por los trabajadores a través de las organizaciones gremiales.

A veinte años del golpe convoca a continuar debatiendo sobre las múltiples dimensiones y facetas de un período que, aun superado, ha posibilitado que sus efectos perversos reaparezcan bajo otros rostros. Un libro que permite un diálogo intergeneracional entre los que "sobrevivieron", y quienes, por su juventud, sólo pueden aproximarse a través del relato. Para ellos justamente, es necesario que la memoria permanezca para que el pasado no se repita.

Silvia A. Robin

Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850; de Adolfo Prieto, Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

Con la rigurosidad en la exposición y la virtuosidad narrativa que caracteriza el estilo de Adolfo Prieto, su nuevo libro aborda el proceso de elaboración de una imagen de país por parte de algunos viajeros ingleses que llegaron al Río de la Plata entre los años 1820-1850. En ese sentido el autor da cuenta de estos relatos que se inscriben antes que en la configuración propiamente dicha de un **campo de lectura** en un canon: el de la literatura de viajes, refundado por un texto tan importante como el producido por Humboldt a partir de su paso por América: *Voyages aux régions équinoxiales de Nouveau Continent*. Con una descripción atenta en los paisajes, los personajes, las edificaciones, y las batallas estos discursos, como una intrincada red de cuadros de costumbres se hacen cargo de enunciar la vida física y moral de la Argentina en la "oscura" época rosista, y esta tarea la realizan desde la posición de exterioridad que les otorga su situación de extranjeros. Ya sea incorporando sus propias impresiones personales, o como lo hizo su gran antecedente textual en suelo americano, el *Lazarillo de ciegos caminantes* escrito por Carrió de la Vandra en el siglo XVIII a modo de guía para los comerciantes de mulas que se aventuraban por el camino real hacia Lima, compilando un conjunto de informaciones valiosas por su utilidad para el dominio de la geografía y de la economía del lugar. Sólo que a diferencia de este último esta escritura se produce en momentos en que una gran revolución científica ha contribuido a modificar la estructura de sentimientos de los sujetos europeos y su actitud con respecto a la naturaleza: las teorías de Darwin, algunas de las cuales éste deja traslucir en su *Journal and Remarks* escrito entre 1832 y 1836. A la luz de textos matriciales y de nuevos paradigmas científicos, y alimentada por percepciones estéticas del romanticismo la escritura de los ingleses que se aventuraron en diversas regiones del Río de la Plata entre 1820 y 1835 se orienta hacia un público urbano con específicas destrezas de lectura.

Desde la mirada de Prieto aparecen ordenadas estas "visiones" según sus características más sobresalientes o los códigos de lectura a los cuales adscriben: Miers ofrece así en su

descripción la perspectiva de una miserable y devastada pampa y Caldclough da cuenta en su informe del estado de los caminos, las formas de gobierno, al tiempo que intercala en cada pasaje su curiosidad de viajero sobrecogida ante la hermosura de la cordillera. Descubre por otra parte en Proctor, cuando éste relata su paso por los Andes, un formato conservador que se vale para transmitir todo lo que se le presenta ante sus ojos de piezas literarias como el largo poema de Thomas Campbell: "The Pleasures of Hope". Como lector ferviente de Humboldt Peter Schmidtmeier aparece entre el conjunto de nombres repasados por el autor como un personaje que se enlaza más con el siglo XVIII que con su propio tiempo. Pero son los tres viajeros Francis Bond Head, Joseph Andrews y Edmond Temple los que Prieto considera como genuinos lectores del doble discurso imbricado en el texto de Humboldt. Por ejemplo resalta en Head ese "grado de excitación calculada que la traductora de Humboldt encontraba en la mera anotación de las jornadas terrestres de un viaje". A partir de la construcción de escenas que dramatizan las historias y desventuras del hombre americano en su entorno o los costados impuros de la ciudad de Buenos Aires, Head elabora viñetas destinadas ya a un lector americano.

Y es en el contexto de esos relatos donde el autor explica finalmente la emergencia de la literatura nacional argentina en el que se incluyen textos como el de Alberdi: *Memoria descriptiva sobre Tucumán*, escrito en 1834, que afirma que sólo el ojo del extranjero puede registrar verdaderamente la "originalidad" del paisaje, o el ensayo *Peregrinaje de Gualpo* escrito por Echeverría en 1830 que cae visiblemente bajo el campo de hechizo del estilo de Byron al invocar "las divinidades sacras de la América". Con este texto y otros borradores de escritura Prieto advierte junto a Juan María Gutiérrez parte de la escena donde Echeverría haría desarrollar *La cautiva*. José Mármol asume en esta emergente literatura la "voz del peregrino" que al recorrer la costa argentina quiere nombrar, inventariar el paisaje. Preámbulos de los contenidos descriptivos de *Amalia* los *Cantos* describen la Patagonia como integrante del suelo nacional en una travesía que incorpora la figura del gaucho integrado a la llanura. En último lugar Domingo Faustino Sarmiento hace explícito en sus cartas, su compromiso de dar marcha a una literatura nacional. De este modo teoriza en uno de sus artículos publicados en *El Zonda* acerca de la literatura de viajes como género y sobre la tipología consagrada por esa misma literatura. Cuatro años más tarde de esa primera experiencia su obra *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga* moviliza, para usar las palabras del autor "un discurso político de denuncia y sirve de soporte, al mismo tiempo, a la ejecución de un proyecto de literatura nacional".

Alberdi, Echeverría, Gutiérrez, Mármol y Sarmiento son de este modo tratados por Prieto como los principales lectores intensos y reflexivos de la literatura de viajes de los ingleses, y los que a partir de ese "acto de lectura" y de diversas estrategias pudieron llegar a configurar sus propias obras. En ese sentido su hipótesis central, que será corroborada a través de un análisis exhaustivo de los "borradores" del romancitismo argentino, es que esa incorporación de pautas de selección y jerarquización ofrecida por los viajeros contribuyó a la fundación posterior de la literatura nacional argentina. La literatura de viajes ofrece de este modo un horizonte de futuro, le otorga a la generación romántica un filtro cultural que le permite comenzar a dibujar la forma precisa de la propia tierra, historizando su belleza y archivando su memoria. Y estos lectores modelos de esas líneas de fuerza configuran con esta experiencia previa el primer ensayo de un plan político para el país, estetizado por su obediencia y respeto a las premisas de la visión romántica.

***El Radicalismo en crisis (1930-1946)*; de Ana Virginia Persello, Editorial Fundación Ross, Rosario, 1996.**

En primer lugar quisiera contextualizar el trabajo que motiva este comentario en una doble perspectiva. La primera, correspondiente a una lectura *historiográfica*, lo inserta decididamente en aquella corriente de análisis histórico que recupera el período 1930-1943 como objeto de estudio prácticamente inexplorado, buscando superar las visiones simplificadoras o reduccionistas que llevaron a caracterizarlo como época oscura, década infame, de restauración oligárquica.

La autora así lo señala cuando se trata de delimitar el objeto de su investigación. Esta se insertaría por una parte en la corriente de investigación que se vuelca sobre los años treinta, primero con la intención de bucear en torno a los antecedentes políticos y sociales del fenómeno peronista, luego reconociendo entidad específica a ese momento peculiar de la historia política argentina. Por la otra buscaría aportar al análisis de los partidos políticos en Argentina algunos aspectos relativamente relegados por la literatura especializada: la dinámica y los procesos internos de la actividad partidaria, las estructuras que se expresan en liderazgos y organización, los cambios discursivos que se generan en su interior, son asumidos polémicamente por sus dirigentes y ponen en cuestión los referentes simbólicos que le otorgan identidad.

Una segunda perspectiva, específicamente *histórica*, ubica el contenido de este texto en una coyuntura que articula, bajo la multivalente caracterización de *crisis*, el momento de agonía de una forma de organización social y las condiciones de emergencia de otra. En esta dimensión hay un cierto grado de ambigüedad en el título de la obra, sin duda atractivo en función de su posible lectura en clave contemporánea: *El radicalismo en crisis*. De esto, sin duda, se ocupa este trabajo, que conduce por complejos derroteros desde el cierre de la polémica entre personalistas y antipersonalistas a las raíces de la escisión de unionistas e intransigentes. Pero también es necesario recuperar la visión de un radicalismo *en la crisis*, tan fuerte aparece en su argumento la impronta de la crisis más general en la crisis partidaria.

En esa ambigüedad, en los dos niveles de análisis que implica, radica también la posibilidad de hacer al menos dos lecturas de este libro. La primera, de indudable interés histórico, remite al momento en que el radicalismo pierde su condición de partido predominante e ingresa en una etapa de trabajosa elaboración de una nueva identidad política. La segunda, se vincula con el inmediato referente contemporáneo de esa problemática: un partido, no necesariamente el radical, sometido a la necesidad de adecuar sus propuestas a una sociedad en rápido proceso de transformaciones.

Esta segunda lectura permitiría utilizar este tipo de producción historiográfica como instrumento problematizador de la condición contemporánea del sistema de partidos y el régimen político en Argentina. Puede constituir un importante desafío para historiadores y científicos políticos reconocer que en una coyuntura de cambios como la actual se recuperan ciertas polarizaciones polémicas que centraron el debate en una coyuntura similar inserta en coordenadas históricas profundamente diferentes: democracia/liberalismo, representación/participación, movimiento/partido, pluralidad/identidad, democracia formal/sustantiva, liberal/social/corporativa, representativa/directa. Esta verificación respalda sin duda la orientación defendida por Persello, conducente a reconocer el carácter histórico de los diferentes elementos constitutivos de una ideología, permitiendo el reconocimiento de un

posible campo de reflexión destinado a recuperar la forma de construcción de esta historicidad.

Sin embargo, más que abordar las similitudes, sería estimulante explorar las diferencias. El libro nos muestra un partido en "estado de deliberación". Dirigentes que asumen el debate como tarea indisoluble de su pretensión de liderazgo. Debate que puede parecer estéril, segmentado por la vocación de unidad y organización que le impide llegar a una conclusión, acumular sobre uno de los polos en conflicto. Como "terreno resbaladizo y ambiguo" caracteriza la autora ese campo problemático que obtura la obtención de consenso, la recuperación de la unidad de doctrina. Desde otra lectura, sin embargo, esa deliberación da cuenta del reconocimiento de las dificultades que enfrenta la elaboración de las respuestas que la sociedad demanda. ¿Podría así incorporarse como elemento legitimador de la actividad partidaria, que hoy no consigue proyectar esa imagen de auténtica preocupación por el bien común?

Persello organiza sistemáticamente su fuentes y funda con solvencia sus hipótesis de trabajo. El texto da cuenta del relevamiento exhaustivo de la información disponible que otorga garantía de solvencia a la labor historiográfica. En el primer capítulo delimita y organiza su objeto de trabajo, en los siguientes desbroza cada uno de los "nudos problemáticos" así reconocidos: la organización y dinámica interna del partido, que pauta su relación con los otros partidos y el sistema político en su conjunto; la vinculación entre autoridades nacionales y las correspondientes a las principales jurisdicciones: Capital Federal y provincias de Buenos Aires y Santa Fe; la concepción que los radicales despliegan acerca de la naturaleza de un partido político, en la medida en que se inscribe en una cultura política que legítima perspectivas excluyentes (identificación del Partido y la Nación), a veces en oposición otras en convivencia con abordajes más pluralistas; el diagnóstico que formula el partido de las opciones en debate para la superación de la crisis, en particular la articulación o disyunción del liberalismo y la democracia, procurando historizar la afirmación de identidad radical expresada en la fórmula *somos demócratas y liberales*.

Con objetividad de historiador, Persello analiza los referentes que sintetizan la tensión parte/todo con referencia a la naturaleza de los partidos políticos y el debate sobre una conjunción posible entre liberalismo y democracia, democracia a "secas" o democracia con apélativos, "viejo" y "nuevo" liberalismo, sin dejar traslucir sus opiniones personales sobre el tema. Esa actitud es la única posible cuando hacemos investigación histórica, y a la vez imposible de sostener en el debate contemporáneo que yo he intentado introducir en esta nota, alejándome tal vez de la ortodoxia de este tipo de publicación académica.

En el último capítulo la autora intenta cerrar provisoriamente algunas de sus hipótesis, defendiendo la idea de un discurso radical heterogéneo y sin embargo atravesado por propuestas que lo alejan de los postulados demoliberales en sentido estricto. Rescata para fundar su argumento algunos de los temas con mayor presencia en los documentos partidarios: la cuestión vinculada a la producción agropecuaria, la comercialización de sus productos, el debate sobre el modelo de acumulación centrado en el agro o en la industria, el rol del estado en la defensa del consumidor.

También con rigor historiográfico Persello se ciñe con precisión a los límites de su "recorte de objeto". El libro limita estrictamente sus contenidos a los resultados de la investigación que fue presentado como Tesis en la Maestría en Historia de FLACSO. Esto puede significar un límite en su utilización como elemento de difusión y docencia. En estos campos podría haber sido útil un capítulo introductorio que relevara el contexto histórico

en el que la investigación se inserta: década del treinta, transformaciones del régimen de acumulación, crisis del régimen político.

Texto rico y sugerente, sus páginas ofrecen claves útiles para recuperar una metodología que la autora solamente sugiere. En sus "reflexiones finales" vuelve a mapear el campo de estudio retomando ejes de análisis y formulando una síntesis que clude conclusiones apresuradas. Esto es lo que debe esperarse en un trabajo de investigación que no se cierra en esta obra, pero puede desconcertar al lector que, luego de haber seguido el hilo conductor de un argumento, llega al final del laberinto sin poder apreciar en su plenitud el escenario prometido.

Susana Belmartino